

EDUARDO E. ZÁRATE

Poeta distinguido mejicano.

Á RICARDO DOMINGUEZ

CON MOTIVO DE SU ODA « MÉJICO »

Como dos aves en el mismo nido,
Así en el bello, alegre, perfumado,
Lleno de luz, de risas y de flores,
Por la infancia formado,
También nosotros dos hemos vivido
Bañados por los blancos resplandores
De esa aurora feliz, tanto mas grata
Cuánto mas á lo léjos se dilata.

Ese nido vacío
Puedes tú estremecer con dulce canto
Alzado en medio del eterno estío
Que lo envuelve en su velo;
Y yo entre tanto,
En presuroso ó incesante vuelo,
Humedezco mis alas en la espuma
De ese mar tenebroso de la ausencia
Cuyo fin ignorado nos abrumba.

Después que la distancia hubo extendido
Las sombras de su noche
Entre mis ojos y el nativo suelo,
Tornado el rostro hácia mi Eden perdido,
Con un inmenso afán he recogido
Todos los ecos que de él venían
Y que algo de su esencia me traían.

Hoy es tu acento el que llegó á mi oído,
Pero triste, lloroso y dolorido
Como el cantar de bardo solitario
Sobre las místicas ruinas de un santuario.

Y yo admirado le escuché, vertido
Por un lábio que apenas humedece
La Juventud en la dorada copa
Que al besar nuestra frente nos ofrece,

Y brotando de aquel que ya cenía
Con hojas de laurel en su cabeza
Una hermosa corona de esmeralda,
Cuando estaban muy frescas todavía
Las azucenas de infantil guirnalda !....

Déjame á tu cantar unir el mío,
Así como en la selva, los abrojos
Entre las flores matizadas brotan
Y como al deslizarse la corriente
Del caudaloso río,
Flores y abrojos confundidos flotan.

Tal vez como distinto es un paisaje
Segun mirado sea
Desde alta cima ó elevada torre,
Ó desde el valle en cuyo fondo corre
Y cual cinta de plata serpentea
Murmurando un arroyo entre el follage,
Así también se muestra diferente
La madre patria de ambos adorada,
Para tí que con alas poderosas
Llegas á la eminencia consagrada
Á las divinas musas,
Derramando los mirtos y las rosas
Nacidos de Helicon sobre la orilla
Al lanzarte á cruzar el horizonte;
Y para mí que apenas si me atrevo
Á arrancar una que otra yerbecilla
Cabe la falda del florido monte.

Eso que tú lamentas y deploras
Como letargo aterrador y mudo,
Cuál descanso benéfico, nacido
De la bendita paz, yo lo saludo;
Después de Calderon y de Guerrero

Encuentras tú que Méjico no tiene
Ni esforzados patricios ni poetas;
Y el nombre al punto á mi memoria viene
De los que al invasor aventurero
En sangrientos combates humillaron,
Y el trono que la infamia levantara,
En cadalso trocaron,
¡Para terror de reyes opresores
Y castigo y espanto de traidores!...
Y escucho resonar en mis oídos
De Acuña, l'armonia,
¡De Acuña, á quien al darle en nuestra mente
Los que tanto le amamos, otra vida,
Hemos dejado de creerle ausente
Á fuerza de tenerle en la memoria
Y hacerle que nos hable todavía....
Y oigo también los mágicos acentos
Que arrancan de la lira
Al hacerla vibrar con diestra mano,
Flores, Ramirez, Sierra, Altamirano...

Mientras ves que la industria desfallece
Del borde cerca de fatal abismo,
Yo veo la cinta, que constante crece,
Del riel que debe con benigno lazo
Unir el suelo hermoso en donde vives
¡Suelo al que doy los mas amantes nombres!
Al puerto á dó las ondas agitadas
Conducen á las naves y á los hombres
Que vienen de regiones apartadas;
Y me acuerdo también de aquel gran día
En que la capital, el templo abría
Del trabajo bendito,
Y en los ricos productos, se veía
Todo un futuro de grandeza escrito;
Y miro con las mieses alfombrados
Los campos y praderas
Antes con sangre nada mas regados;
Y del cañon sin escuchar el trueno
Seguido de las quejas lastimeras,
Y en vez del grito de corage lleno
Lanzado en la pelea,
Oigo el silbido que al vapor se escapa
Entre la nube que en el aire ondea.

Y mientras tú maldices esta vida
Con que vive la pátria tan querida,
Yo miro el ángel de la Paz, tendiendo
En la bóveda azul sus blancas alas,
El Porvenir que se alza sonriendo
Circundado de flores y de galas,
La Esperanza que enjuga con su velo
Todas las frentes de sudor cubiertas,

Y también la República, sublime,
Esposa ideal á que nustr'alma unióse
Como lecho nupcial teniendo al cielo,
Astro radiante de esplendor y gloria
Que baña con su luz al pátrio suelo,
Al par que para mengua de su historia,
Los pueblos europeos
Viven bajo las plantas de un monarca
Ó á riesgo están de recibir sumisos
De los vasallos la infamante marca....

Y será del cariño una locura,
Mas á Méjico ver se me figura
De todas las naciones respetada
Y mi sencilla admiracion no advierte,
¡Si no es aun mi pátria idolatrada
Cual Grecia artista ó como Roma fuerte!

Si hoy que la juventud ciñe tus ojos
Con su rosada venda,
No miras á tu paso mas que abrojos,
¿Qué le queda que hacer al que pretenda
Que á criminal destino
Puede tan solo conducir la llama
De santa libertad, y que proclama
Que de felicidad luce la estrella
Un siglo mas atrás de su camino?...
¿Qué le queda al que implora temerario
Dicha y prosperidad del extranjero,
Aun siendo necesario
En holocausto infame
La honra á sus piés, sacrificar primero?...
¿Y qué te quedará cuando las sombras
En tu redor comiencen á agruparse
Y ponga el tiempo entre tu mano helada
De la experiencia el doloroso libro,
Y en tu fugaz sonrisa la tristeza,
Y tus hilos de plata en tu cabeza?...

De las lamentaciones y del lloro
Lanza léjos de tí l'arpa enlutada;
Que resuene viril tu lira de oro
Con lauros y jazmines coronada,
Y si cantar á Méjico te place
Digno sea tu cantar en cada nota
Del entusiasta pecho en dónde nace,
Del lábio juvenil de dónde brota
Y de la pátria, á la que dió natura
Inagotables fuentes de riqueza,
Espléndidos tesoros de hermosura
Y héroes que la coronan de grandeza.

JOSÉ MARÍA ESTEVA

Poeta mejicano. Los mejicanos tienen en mucho á Esteva. Joven aun, quiso inaugurar en Méjico una poesía descriptiva en cuanto á los lugares, los productos, las zonas y las costumbres; y para ello le sobraba ingenio, poseía una rica vena y versificaba admirablemente. Esteva no alcanzó, sin embargo, al principio de su carrera literaria, la popularidad que han obtenido en el Plata, Hidalgo y Aucambi, y sea disgusto, sea deseo de entrar en el movimiento industrial de la época, abandonó la lira por los libros de negocios en partida doble. Murió en Méjico hace pocos años.

Á VENEZUELA

Bajo radiante cielo
Que al astro rey espléndido colora,
Tiendes tu fértil suelo,
Que al tibio rayo de perenne aurora
Tus mieses cuaja y tus campiñas dora

Tú entre aromas y espumas
Al placer y al amor del mar surgida,
Coronada de plumas,
De palmas, yedras y álamos vestida,
Dó abril primaveral sopla la vida.

Tú en cuyos verdes huertos
Los zéfiros suspiran tan suaves
Y adunan sus conciertos
En dulce arrullo y misteriosas claves
El blando rio y las canoras aves.

¿Por qué tus nobles gentes
Se alzaron cual revueltos temporales,
Convirtiendo furentes
Tus florestas de espigas en eriales,
Y en piélagos de sangre tus raudales?

¿Por qué al fragor de guerra,
Presa inerme de loca muchedumbre
Cabrió tu hermosa tierra,
Ígneo volcan de pavorosa lumbre
De la ancha pampa á la suprema cumbre?

El tropical planeta
De tanto estrago ante el furor mezquino
Su cuádriga sujeta,
Y el ígneo globo de esplendor divino
Quedó suspenso en su inmortal camino.

¡Pátria! tus mil guerreros
Que besaron el polvo, al rudo embate
De aceros contra aceros,

Sin prez, sin gloria, su cerviz abate
La segur de la muerte en el combate.

Trofeos adquiridos
De tu escudo serán preciadas flores,
No timbres de partidos:
Y al unir con los triunfos los errores
Ni vencidos habrá ni vencedores.

Depuestos los enojos
Y el bárbaro furor de la contienda
Sobre tu altar de hinojos,
Rindiendo los laureles por ofrenda,
Demos al porvenir valiosa ofrenda.

Y sobre el mar undoso
Que con ténue rumor sus alas mueve,
En cortejo pomposo,
Naves mil de áurea popa al viento leve
La lona tenderán de grana y nieve.

Por tus azules montes
Tu fértil vega y tus eternos prados
De ricos horizontes,
Al compás de sus tonos regalados
Irán los moradores descuidados.

De la oculta cabaña
Que guarecen las índicas palmeras
Y el riachuelo baña,
Al son del tamboril por las praderas
Su rebaño el pastor guiará á las eras.

Y al borde de tus ríos
Dó alzó su tienda el nómade guerrero,
Bajo álamos sombríos,
Su red de plata el pescador nauclero
Irá á tender ufano en el fresquero.

Calle el clarín sonoro
Arroja el casco y el pendón guerrero
Que harto de luto y lloro
De sangre, de horfandad, de ultraje fiero
En tus espacios derramó el acero.

Sobre la extinta pira
Los huesos que blanquean son de hermanos,
¡Ay! de su infanda ira,
Los que la tea del furor insanos
Llevaron á la hoguera con sus manos.

Si al ménos se ofreciera
Tu raza en lid extraña al hierro duro,
Como en remota era
Por sus lares, su amor, su albergue oscuro.
Las tribus del invicto Guaicaipuro.

No de tu antigua gloria
El copioso raudal muriera exhausto,
Ni tu estirpe ilusoria

De torpe númen sobre el trono infausto
Rindiera la coyunda en holocausto.

Benditos los que ejemplo
De alta virtud al universo dando,
De la paz en el templo,
El sacro muro alzaron, destrozando
Las enseñas de un bando y otro bando.

Astro inmortal de vida!
Ya á las comarcas indicas asomas :
Pátria, la paz perdida
Vuelva á tus selvas dó entre luz y aromas
Suspiran sus endechas las palomas.

Mensajera del cielo,
Hendiendo ufana las etéreas salas,
Ya pliega el blando vuelo;
Y son al roce de sus blancas alas
Ámbar la brisa y la campiña galas.

RECUERDOS

El alma amorosa tu imagen retrata;
La calma apacible circunda mi hogar;
Arroja la luna sus rayos de plata;
Tranquila la noche sus sombras dilata,
Y soplan suaves las brisas del mar.

Amor con sus voces aquí nos convida,
Sus goces que vienen sin duda de Dios :
¡Ay! ven á mi lado si es corta la vida,
Si todo con ella se vá, mi querida,
Pasémosla juntos gozando los dos.

Aun oigo, Zulima, tu angélico acento;
Aun vibra en mi oído tu adiós al partir;
Cual es en el bos que muy triste el lamento
Que dá, cuando llora, la tórtola al viento,
Es triste e recuerdo que tengo de ti :

¡Ay! ven á mi lado, contigo mi vida,
Sería de placeres eterno raudal;
¡Qué hermoso es el alma soñarse mecida
En esas regiones de luz, mi querida;
En esos espacios de dicha inmortal!

Qué importa que el mundo nos mire enojado
Si un cielo gozamos, Zulima, los dos;
Si yo soy un ángel de guarda á tu lado,
Y tú eres mi encanto, mi sueño dorado,
Mi gloria en el mundo, mi dicha, mi amor.

Tu gracia hechicera, mi bien, me fascina,
Tus dulces halagos conmueven mi sér;
La luz de tus ojos á mi alma ilumina;
Tu voz melodiosa, tu voz argentina,
Me arrastra sediento de amor á tus piés.

Tú eres el aire que ardiente respiro,
Alma de mi alma, amor de mi amor,
Eres de mis ojos la luz con que miro;
Eres de mi vida, precioso zafiro,
La sangre que alienta mi fiel corazón.

Yo te amo cual aman las flores al día;
Cual ama á su nido la humilde torea;
Las plantas al rayo que el sol les envía :
Yo te amo cual aman al bosque, alma mía,
Los tiernos sinsontes, los peces al mar.

Si un santo recuerdo de tí no tuviera,
Cansado en el mundo me fuera el vivir :
Deidad peregrina, mi amor te venera :
¡Ay! fué tan hermosa tu frase postrera!
Acuérdate, tierna dijiste, de mí.

Y entonces que ardiente tu súplica oía
Tu mano me daba simbólica flor;
Con ella, Zulima, tu amor me decía
Que no te olvidára jamás, alma mía;
Que siempre viviera pensando en tu amor.

JOSÉ JOAQUIN PESADO

Nació en Orizaba en 1842.

Pesado escribió en prosa con exactitud, con facilidad y corrección; sus producciones poéticas son acaso las más perfectas que han salido hasta ahora de la pluma de un mejicano.

Este poeta es admirable por su versificación, por la originalidad y la expresión de sus tiernos y apacibles sentimientos, de que es prueba su deliciosa poesía titulada: *Mi amada en la misa de alba*.

En la *Academia Poética*, se encuentra un gran número de las poesías de ese distinguido cantor.

Pesado ha lucido en la política y en la literatura, en las cámaras y en el foro; posee cuatro ó cinco idiomas; es un jurisconsulto distinguido, un literato, en el verdadero sentido de la palabra.

En la administración del general Bustamante tomó asiento en uno de los ministerios de más importancia.

Desde 1837, empezó á publicar sus composiciones poéticas. Dos ediciones se han publicado de sus obras. Murió en Méjico hace algún tiempo.

MI AMADA EN LA MISA DEL ALBA

I

Puras estrellas del cielo,
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo :

¡Qué de veces habeis dado
Motivos al pecho mio,
Para revelar osado
El objeto de un cuidado,
Que al mudo silencio fio !

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplendor,
Y levanta mi esperanza
Á otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiene
Con su vivífica llama
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla
El mar de la eternidad,
Yo saludaré en la orilla
El rayo de su heldad.

Tras una nube ligera
Muestra la noche sus galas :

¡Oh cielos! y quién me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar á esa esfera !

Yo sé que sobre esta altura
Es el amor más perfecto,
Es sin ficción la ternura,
Mas inocente el afecto,
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mía
Visitara esas regiones,
Donde siempre mora el día,
Bañados los corazones
De purísima alegría.

¡Ó estrellas! si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto,
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto ;

Haced que el benigno sino,
Que me tocó el nacimiento,
Me una á este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento,
El decreto del destino.

II

¡Ó tú! que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,
Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura :

Astro glorioso, que á mi mente envía
La inspiracion de un puro sentimiento:
Imágen cara á la memoria mía,
Alma del pensamiento:

Modesta virgen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora,
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora;

Bajo el abrigo de la noche umbria
Presente estoy (disculpa mis arrojós)
Para gozar del alba ántes del día
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero mas tus dulcísimas miradas,
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire
Separado del bien que solo quiere;
Permite, idolo mio, que te mire,
Y humilde te venero,

Del lecho donde duermes te levanta,
Y á tu ventana sal, linda doncella:
A darte la alborada se adelanta
Mi tímida querella!

III

El lucero matutino
Coronaba el horizonte,
Y de la aurora vecina
Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
En las elevadas torres,
Anuncian que viene el día
Con repetidos clamores.

Á misa salió mi amada
De sus umbrales entonces,
Como la mañana bella,
Y fresca como las flores.

El recato y la modestia
La van siguiendo conformes,
Dos iris lleva en sus cejas,
Y en sus mejillas dos soles.

Doquier que vuelve la vista
Hace que encendidos broten
De sus miradas deseos,
Y de sus lábios, olores.

Un vienteçillo ligero
Atrevido descompone
De sus profusos cabellos
Los rizos puestos en orden.

Con la mano los sujeta,
Dando á sus miradas nobles
Tal expresion de dulzura,
Que conmoviera los broncees

Toma el camino del templo,
Diversas calles traspone,
Pisa las gradas ligera,
Y bajo el pórtico entróse.

Como exalacion ardiente,
Que las densas nieblas rompe,
Y alumbra por un momento
El aire, el mar y los montes;

Así se mostró en su curso
Esta aparicion veloce:
Á sus luces repentinas
Desapareció la noche.

Tras sus pisadas camino
Y llego á la iglesia, donde
Arrodillada la miro
En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,
Luego en el suelo los pone,
Y en su semblante reflejan
Las llamas de los blandones.

IV

Cuando en el templo postrada
Estás ante el Sér inmenso,
Entre una nube de incienso
Símbolo de la oracion:

Me parece que eres ángel
Que al trono de Dios asiste,
Y que por el hombre triste
Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
Cíñes tú de la inocencia,
Y brilla la inteligencia
En tu frente virginal.

En tu corazon se ocultan
De amor los puros afectos,
Y en tu mente los conceptos
De la ciencia celestial,

¡ Oh cuánto respeto imprimes:
Eres bella, ingénua, pura,
Y reinas en una altura
Harto superior á mí!

Moradora del empiro,
(No sé yo como te nombre)
¿ Quién es el hijo del hombre
Digno de llegar á tí?

Con esas formas divinas,
Que acá en la tierra demuestras,
Das al que te mira muestras
De la hermosura eternal:

Ya sé lo que vale el alma
Que mis sentidos anima,
Pues que conoce y estima
El precio de tu beldad.

Si gentil hubiera sido,
Altars te levantára,
La rodilla te doblára,
Y fueras mi diosa tú:

Incienso y flores rendido
Tributara á tu belleza
Emblemas de tu pureza,
Y tu fragante virtud.

Hoy eres á estos mis ojos
Imágen por excelencia
De la suma inteligencia,
Pues que cristiano nací:

Espiritu que me guia
En los caminos del mundo,
Y en el piélago profundo
Norte fijo para mí.

¿ Qué fuera del globo triste,
De espanto y de sombras lleno,
Si no brillara en su seno
Tu rayo consolador?

Tú disipas los temores,
Todo el universo alegras,
Y haces sus moradas negras
Pensil donde reina amor.

V

¿ Cuando verán mis ojos aquel día
En que dueño feliz de tu hermosura,
Ni el rigor tema de la suerte impía,
Ni que vuele cual sombra mi ventura!

De inmarcesibles rosas coronado,
Bajo las alas del amor propicio,
Disfrutaré en tu seno reclinado
De todos los tesoros que codicio.

ENCUENTRO FELIZ

En aqueste lugar, Elisa mía,
En una hora feliz te ví delante,
Mi vista te gozó por un instante
Mas llena de beldad, que el sol que ardía,

Con modesto despejo y cortesia
Risueña saludabas á tu amante:
¿ Qué graciosa en tu talle, qué elegante!
¿ Tu clara voz, cuán llena de armonía!

A tu amorosa gala y apostura
Quedaron mis afectos tan rendidos,
Que sin tí no hallo encanto ni hermosura.

Cautivaste del todo mis sentidos,
Y ni mis ojos ven otra figura,
Ni resuena otra voz en mis oidos.